

MARTIN, OBISPO DE DUMIO



SENTENCIAS DE LOS PADRES EGIPCIOS

SENTENCIAS DE LOS PADRES EGIPCIOS

—TRADUCIDAS DEL GRIEGO AL LATÍN—

POR MARTÍN, OBISPO DE DUVIO

1. El abad Juan decía a los monjes: los padres que comen únicamente pan y sal se han hecho fuertes en el servicio de Dios, en la medida en que se mortificaron a sí mismos. Limitémonos también nosotros a ese mismo pan y sal. Conviene que aquel que sirve a Dios se restrinja en estas cosas, porque dijo el mismo Señor «*que el camino que conduce a la vida es estrecho y angosto*» (Mt 7, 14).

2. Un monje hizo esta pregunta al mismo anciano: los ayunos y las vigencias que hacemos, ¿para qué sirven? Respondió el anciano: esas prácticas hacen humilde al alma. Así está escrito: «*Ve mi humildad y mi trabajo, y perdona todos mis pecados*» (Sal 24, 18). Si el alma trabaja en estas cosas, Dios se compadece y se apiada de ella.

3. El abad Pemenio dijo: no hables cuando tengas en tu corazón estas dos cosas: el pensamiento de fornicación y la difamación del prójimo; y no dejes en modo alguno penetrar en el alma su contagio. Porque si quieres dar cabida en tu corazón a estas cosas, sentirás sin tardanza su perniciosidad, porque son una instigación de perdición; lo que debes hacer es aniquilar al maligno por medio de la oración y de las buenas obras. En efecto, es mejor rechazarlas y entonces tendrás descanso; nunca debes permitir que tu alma y que tu cuerpo estén manchados.

4. Un monje preguntó a un anciano diciendo: padre, ¿qué haré contra los pensamientos de las pasiones? El le respondió: ruega a Dios para que tus ojos vean que el auxilio de tu alma viene de Dios, que es el que rodea al hombre y el que lo conserva.

5. Un cierto monje, cuando iba al mercado, le preguntó al abad Pemenio: ¿cómo venderé mis labores?, y el anciano le dijo: no quieras venderlo por más de lo que vale; al contrario, si fuieres

perjudicado, sé amigo de aquel que más te quitó violentamente, y entonces venderás con tranquilidad. En efecto, cuando yo he ido alguna vez al mercado, nunca he querido aprovecharme, ni tampoco ser gravoso a mi hermano, manteniendo esta esperanza, de que el lucro de mi hermano me produciría fruto.

6. Un cierto monje vino al abad Agatón, y le dijo: padre, permíteme que habite contigo. Y admitiéndolo vio que tenía nitro en su mano, y le dijo: ¿cómo es que tienes nitro? El monje le respondió: le encontré en el camino cuando venía y lo cogí. Y le dijo el anciano: ¿lo habías puesto tú allí? El le respondió: no; entonces le dijo el anciano: si tú no lo hablas puesto, ¿cómo vienes a vivir conmigo, trayendo esto que no hablas puesto, siendo así que tenemos ante nuestros ojos a Dios y a sus mandatos diciendo: «*ni lo desearás ni harás el robo*»? (Dt 5, 19 y 21). ¿Desconoces que quien roba la cosa ajena se convierte en demonio? Inmediatamente lo despidió diciendo: vete, coloca en su lugar eso que traes, y vente a vivir conmigo.

7. Un monje hizo al abad Sisoio esta pregunta: mis padres me han dado la heredad que me corresponde; ¿qué he de hacer con ella? Respondió el anciano: ¿qué te voy a decir, hermano? Si te dijese: dala a la Iglesia a favor de los clérigos, comerán de ella. Si dijese: dásela a tus parientes, no tendrás ninguna recompensa. Por consiguiente, si quieres escucharme, dásela a los pobres y de este modo estarás sin preocupación.

8. El abad Moisés dijo: la privación de las cosas materiales, esto es, la pobreza voluntaria, así como la tribulación llevada con paciencia y la discreción son los instrumentos del monje. Pues está escrito: «*si fueren estos tres hombres, Noé, Jacob y Daniel: vivo yo, dice el Señor, esos mismos se salvarán*» (Ez 14, 14).

Noé es la figura de la pobreza voluntaria, Job la figura de la tribulación y de la paciencia y Daniel la figura de la discreción. Por consiguiente, si los actos de estos tres hombres santos estuviesen en algún hombre, el Señor está con él, viviendo con él mismo, aceptándolo, y rechazando también de él toda tentación y toda tribulación que le sobrevenga del enemigo.

9. Referían los padres santos: hubo tres monjes que se fueron a hacer la recolección de la mies mediante arrendamiento, y en efecto, cuando estaban recogiendo, uno de ellos tuvo que retirarse a su celda, porque estaba enfermo. Los otros dos

monjes se dijeron entre sí: nuestro hermano está enfermo, esforcémonos mutuamente un poco, y esperemos que por medio de su oración, recojamos también lo que le corresponde a él.

Después de haber terminado la recolección y después de haber recibido la recompensa de su arrendamiento, que era una cierta medida de trigo, entonces llamaron a ese que era hermano, diciéndole: Ven y toma la recompensa de tu arrendamiento. El hermano les dijo: ¿Cuál es mi recompensa, siendo así que no he podido hacer la recolección? Los otros dos hermanos le respondieron: a causa de tu oración hemos realizado nosotros tu obra y la nuestra, y por eso recibe tu recompensa.

Insistiendo mucho estos hermanos por una parte, y por otra no aceptándolo el otro, se fueron a un cierto anciano para que juzgase. Dijo el monje que habla caído enfermo: mi señor abad, fuimos nosotros tres a hacer la recolección mediante un arriendo. Al finalizar el primer día caí yo enfermo, y me fui a mi celda, y resulta que ahora éstos me obligan a que acepte la recompensa por una obra que yo no he realizado.

Respondieron los otros dos monjes y dijeron: escucha, señor y padre nuestro, si hubiésemos estado los tres, tal vez con gran esfuerzo hubiésemos terminado nuestro trabajo. Ahora bien, resulta que Dios nos ayudó por medio de la oración de nuestro hermano, de tal modo que pudimos terminar todo lo contratado, y ahora no quiere aceptar su recompensa.

Oyendo esto el anciano se admiró mucho, y llamando a sus monjes les dijo: venid, hermanos, y escuchad hoy el juicio de la justicia; expuso cada una de las palabras de una y otra parte, y todos se admiraron también de lo que decían el uno y los otros; el uno que no consentía en aceptar algo, y los otros que le obligaban a que aceptase por fuerza su recompensa. Entonces, estando presentes todos ordenó que el monje aceptase su recompensa, y que dispusiese de ella como quisiese. Este monje se marchó triste y llorando.

10. Dijo un cierto anciano: si habitas con alguien, sé como una columna de piedra, la cual no se enfada, aunque sea injuriada, ni se ensoberbece con los elogios.

11. Dijo el abad Sisoio: habiendo ido en una ocasión al mercado juntamente con un hermano a vender espuelas, viendo que se me acercaba la ira, tiré mis cestos y huí.

12. Dijo el abad Juan: subiendo en cierta ocasión el camino del desierto escita y tejiendo, oí que un camellero tenía conversaciones vanas, y yo, para no enfadarme, tiré mi tejido y huí.

13. El mismo anciano, estando en la siega de la mies, oyó que un monje decía con ira a su prójimo: ¿Y tú hablas? Y abandonando el camino huyó.

14. Un monje preguntó al abad Pemenio, diciendo: ¿cómo es que dijo el Señor: «*nadie tiene mayor caridad que aquel que da su vida por su amigo*» (Jn 15, 13), cómo se realiza esto? Respondió el anciano: si alguien oye una palabra mala de su prójimo, y pudiendo ese mismo responder de modo semejante, pero que, sin embargo, lucha en su corazón por eliminar el trabajo de la tristeza, y se hace fuerza para no responderle de mala manera y entristecerlo, este tal da su vida por su amigo.

15. El mismo abad Mario dijo: si nos recordamos de los males que padecemos por parte de los hombres, perdemos la virtud del recuerdo de Dios; si por el contrario nos recordamos de los males que nos envían los demonios, estaremos imperturbables, sabiendo que fue Dios el que desde el principio creó los bienes, y el diablo quien sobreembró los males y siempre las innumerables perdiciones.

16. El mismo abad dijo: es culpa del monje, si ofendido, o injuriado, no salga el primero al encuentro después de haber purificado el corazón en la caridad. En efecto, la Sunamitis no hubiese merecido recibir a Eliseo en su casa, a no ser porque no tuvo problema con nadie. La persona de la Sunamitis representaba el alma, y la persona de Eliseo era el símbolo del Espíritu Santo. Si el alma no está pura no merece recibir el Espíritu de Dios. La ira inveterada ciega los ojos del corazón y excluye el alma de la oración.

17. Preguntaron unos monjes al abad Pemenio por un hermano que ayunaba perfectamente seis días a la semana, pero que era demasiado irascible, y cómo podía aguantar eso. Respondió el anciano: el que aprende ayunar seis días, pero que luego no vence la ira, le convenía a este tal emplear mejor su tiempo en un pequeño trabajo.

18. El abad Pemenio vivía en su celda juntamente con un monje, el cual tenía un problema con otro hermano que estaba fuera del monasterio. El abad Pemenio le dijo: hermano y prójimo

mo mío, no quiero que tú tengas ningún problema con otro hermano nuestro que está fuera de nuestro monasterio.

Pero ese hermano no le quiso escuchar. Levantándose entonces el abad Pemenio vino a otro gran anciano y le dice: un hermano y prójimo mío tiene una causa con otro que está fuera de nuestro monasterio, y no tenemos sosiego. El anciano le contesta: Pemenio, ¿y tú vives todavía? Vete a tu celda, y pon en tu corazón que hace un año que estás en el sepulcro.

19. Estando sentado en cierta ocasión el abad Pemenio en su celda, discutieron demasiado dos monjes entre si, y el anciano no les dijo absolutamente nada. Entrando el abad Panub, y encontrándoles en la discusión, le dice: ¿por qué dejaste ir a los hermanos y por qué no le dijiste que no riñesen? Pemenio le dijo: son hermanos, y ya harán las paces de nuevo.

Panub le dijo: ¿Qué quiere decir esto? Ves que están riñendo y que casi llegan hasta la sangre, y tú dices que harán de nuevo las paces. Pemenio le dice: hermano, suponte que yo no vivo aquí. Así era de pacífico, callado y caritativo el abad Pemenio.

20. Vinieron en cierta ocasión unos herejes al abad Pemenio y empezaron a murmurar del arzobispo de Alejandria; el anciano callaba. Llamando a un discípulo suyo, le dijo: pon la mesa y haz que coman, y de este modo despídelos con paz.

21. Un monje preguntó al abad Pemenio, diciendo: ¿cómo debe vivir uno en la celda? Respondió: vivir en la celda es sencillamente trabajar con las manos, meditar la palabra de Dios, descansar y comer solitariamente tan sólo pan. Disimuladamente se fue a sentarse para limitar cada vez más sus faltas; o a pensar que a cualquiera parte que vaya, saber que debe cumplir con el rezo de las horas canónicas; no descuidar las particulares, sino meditar, y por fin retener una conducta buena y alejarse de la mala.

22. Preguntó un monje a un anciano, diciendo: mi corazón es duro y no teme a Dios. ¿Qué haré para que pueda temer a Dios? Respondió: Yo pienso que si uno se acusa siempre a sí mismo en su corazón, éste llega al temor de Dios. Le dice el monje: ¿qué es acusarse a sí mismo? Respondió el anciano: pues que en cada causa acuse a su alma, diciéndole que es necesario permanecer en la presencia de Dios; y repetirle: ¿por

qué quiero yo ser malo con ningún hombre? Pienso yo que si permanecen en estas cosas, viene a tu alma el temor de Dios.

23. El abad Macario dijo: si el monje ha llegado a tal situación de que el desprecio le sea como alabanza, la pobreza como riquezas, el hambre como manjar delicado, éste nunca muere. Es imposible que el que tiene mucha fe y que el que piadosamente venera a Dios pueda caer en la pasión inmunda y en el error de los demonios.

24. Dijo el anciano: bien que te levantes, bien que pasees, bien que estés sentado, o bien que hagas otra cosa cualquiera, si tienes a Dios ante tus ojos, en nada te podrá meter miedo el enemigo. Si este pensamiento, por consiguiente, permanece en el hombre, la virtud de Dios se unirá a él.

25. Dijo un cierto monje al abad Pedro: cuando estoy en la celda, mi alma está en paz, pero cuando salgo fuera, si oigo algunas conversaciones, al hablar el hermano me conturbo. El monje le dijo: tu llave abre la puerta ajena. El monje le dijo: ¿Qué es lo que quiere decir? Respondió el anciano: que tu pregunta abre la puerta de las conversaciones de aquél, para que oigas lo que no quieras.

Le dice el monje: ¿Qué haremos, por consiguiente, cuando venga el hermano, y qué le diremos? Respondió el anciano: el recogimiento es doctrina para todos. Y donde no hay recogimiento, no puede haber observancia.

26. Preguntó un monje al abad Sisoio: ¿después de cuánto tiempo debe el hombre arrancar de si las pasiones? Respondió: en cualquier hora que venga la pasión, córtala, porque el alma es frágil; debe armarse antes de que se ensucie con los pecados.

27. Preguntó un monje al abad Agatón, diciendo: las pasiones no se apartan de mí. El anciano le respondió: dentro de ti están sus armas. Dale las arras de la renuncia a las mismas, y huirán de ti.

28. Un cierto monje vino a un anacoreta, y como éste lo recibiese con caridad, al marcharse le dijo: perdóname, padre, porque te he apartado de tu costumbre. El abad le respondió diciendo: hermano, mi costumbre es, al que viene aquí, repasar sus fuerzas en paz, y despedirlo con caridad cuando se va.

29. Preguntó un monje al anciano, diciendo: ¿cómo es que Dios promete bienes al alma por medio de las Santas Escrituras, y el alma no quiere permanecer en esos bienes, sino que se inclina a lo pasajero e inmundo? Respondió el anciano: porque todavía no gustó la dulzura de las cosas celestiales, para poder buscar a Dios de todo corazón; por eso el alma se inclina más pronto a las cosas inmundas.

30. Preguntó un monje al anciano, diciendo: ¿cómo es que el alma se deleita en las pasiones? El anciano respondió: el alma se deleita en las pasiones, pero el Espíritu de Dios es quien la llena. Debemos, por consiguiente, llorar y estar atentos a aquellas cosas inmundas que hay en nosotros, rogando a Dios, que es poderoso en todo, que corte en nosotros las semillas malignas. María, por consiguiente, cuando se inclinaba para llorar en el sepulcro, se le apareció inmediatamente el Señor, y su dolor se trocó en alegría. Así es el alma, si ama las lágrimas.

31. Un monje preguntó a un anciano, diciendo: abad, dime una palabra de salvación. El anciano respondió: vete y pide al Señor que te dé tener dolor y humildad en tu corazón, y mira siempre a tus pecados.

32. Cuentan del abad Pemenio que cuando desde su celda había de entrar en la Iglesia para celebrar un acto común, se sentaba primeramente como una hora, examinando en si mismo sus pensamientos, y de este modo entraba.

33. Un cierto monje preguntó a un anciano, diciendo: ¿qué haré por mis pecados? El anciano respondió: el que quiere librarse de los pecados, se librará de ellos con el llanto, y el que quiera edificar en sí mismo virtudes, edifice con llanto. La misma Escritura es un llanto. En efecto, nuestros padres dijeron esto a sus discípulos: llorad. No hay otro camino para la vida si no es este mismo.

34. Preguntó un cierto monje al anciano, diciendo: ¿qué haré, padre? El anciano respondió: Abraham, cuando entró en la tierra de promisión, adquirió antes de nada para si un sepulcro, y a causa del sepulcro compró la tierra. El monje le dijo: ¿qué es el sepulcro? El anciano respondió: es un lugar de llanto y de dolor.

35. El abad Moisés dijo: si la oración y la vida no están de acuerdo, el trabajo del hombre es inútil. Cuando alguien ora

por sí mismo con el fin de que se les perdonen sus pecados, tenga en cuenta el no cometerlos de nuevo. Cuando alguien aleja de sí la voluntad de pecar, y anda permanentemente en el temor de Dios, a éste que obra así, le recibe inmediatamente Dios con alegría.

36. Un monje preguntó a un anciano, diciendo: ¿qué debe hacer el hombre en cualquier tentación que le venga, y en cualquier pensamiento que le proponga el enemigo? El anciano respondió: debe llorar en presencia de la bondad de Dios, para que venga en su ayuda y le socorra; pues está escrito: «*el Señor es mi ayuda, y yo me vengaré de mis enemigos*» (Sal 117, 7).

37. Otro monje le interrogó a un anciano: he aquí que un hombre golpeó a su empleado por una culpa que había cometido, ¿qué dice entonces el empleado al señor? Respondió el anciano: si el empleado no es malo, dirá al Señor: pequé, ten misericordia de mí, y no dirá ninguna otra cosa. Si el mismo siervo reconoce su falta y reconoce que ha faltado, el señor le perdonará.

38. Preguntó un monje a un anciano: si hubiese una persecución por causa de la fe, ¿adónde hay que huir? Respondió el anciano: donde oigas que hay fieles ortodoxos, vete allí.

39. Preguntó un monje al abad Pemenio, diciendo: ¿qué haré, puesto que me perturban los pensamientos, cuando me encuentro recogido en la celda? Respondió el abad: no desprecies a nadie, a nadie juzgues, no hables mal de ninguno, y Dios te dará la tranquilidad, y te dará una morada sin perturbación de ninguna clase. La atención a lo que se dice, el examinarse a sí mismo y la discreción son las directrices del alma.

Si alguien se postra en la presencia de Dios, y sin ensalzarse a sí mismo midiéndose con los grandes, no hace su voluntad, sino que se recoge en su celda cumpliendo su obligación, no se perturbará, porque estos son los instrumentos del alma. De todas estas cosas guarda con todas tus fuerzas el no hacer tu propia voluntad, y de este modo tendrás tranquilidad.

40. Un monje preguntó a un anciano, diciendo: ¿qué haré, puesto que me molestan mis pensamientos? El anciano respondió: vete y diles: decidme, ¿qué es lo que yo busco, o qué tengo yo que ver con vosotros? Y tendrás tranquilidad. No

hagas caso de ti, renuncia a la propia voluntad, no tengas ninguna solicitud y huirán de ti los pensamientos.

41. Un cierto monje preguntó a un anciano, diciendo: ¿por qué algunas veces cuando salmodio me apresuro para terminar cuanto antes? El anciano respondió: el hombre que ama a Dios no aparecerá si no es con alguna sumisión al diablo, y entonces nos obligamos nosotros mismos retenidos violentamente por la caridad y por el temor de Dios.

42. El mismo dijo: a la olla encendida no se acercan las moscas, en la que está tibia sí que se posan; igualmente, cuando el monje está encendido con el fuego del Espíritu divino huyen los demonios, pero, en cambio, se ríen del tibio.

43. El mismo dijo: si te persiguen los adversarios, en primer lugar huye, en segundo lugar huye y en tercer lugar sé una lanza contra esos mismos, y saliendo contra ellos desbarátlas.

44. Un cierto monje vino al abad Pemenio en los días de cuaresma, y cuando le estaba consultando sobre sus pensamientos, le dijo al anciano: dudaba de acercarme aquí en estos días, pues me decía yo que tal vez durante estos días de cuaresma estuvieses cerrado. Respondió el anciano: nosotros no aprendimos a cerrar la puerta de madera, sino más bien la puerta de la lengua.

45. En cierta ocasión vinieron unos monjes de Escitia al monje Juan que estaba sentado y que trabajaba en silencio; después de haberlos saludado, se volvió hacia otra parte y empezó a trabajar callado. Le dicen los hermanos: Juan, ¿quién te dio ese esquema de monje, y cómo no te enseñó a recibir a los hermanos y decirles: orad y sentaos? Juan les contestó: el hombre pecador no se entrega a estas cosas. El abad Teodoro dice: dices la verdad. Al hombre que está en oración y en penitencia Dios no le exige este mandato.

46. Un monje preguntó al abad Pemenio, diciendo: padre, enséñame lo que he de hacer. El abad respondió: está escrito «*que yo proclamaré mi iniquidad y pensaré en mi pecado*» (Sal 37, 19; Sal 50, 5).

47. A cierto anciano le preguntó un monje, diciendo: padre, ¿qué haré? El anciano respondió: vete y procura hacerte vio-

lencia, desenvaina tu espada y sal a la guerra. El monje le dice: no me lo permiten los pensamientos. Respondió el anciano: está escrito: «*invócarme en el día de tu tribulación, te libraré de ella y me glorificarás*» (Sal 49, 15). Invoca, por consiguiente, al Señor y te librará.

48. En cierta ocasión el abad Teodoro y el abad Or cubrían con barro el techo de la celda, y se dijeron el uno al otro: si nos visitase ahora Dios, ¿qué haríamos? Los dos empezaron a llorar, y dejando la obra sin terminar, se fueron cada uno a su celda.

49. El abad Silvano, estando recogido en su celda, puesto en éxtasis permanecía como vacilante e indeciso en su rostro, pero he aquí que después de muchas horas, levantándose lloraba. Estando delante un discípulo suyo dijo: ¿qué tienes, padre? Pero el abad seguía callado y lloraba. Pero como el discípulo le importunaba preguntándole por qué lloraba, como por un impulso molesto dijo: fui arrebatado a un juicio, hijo, y vi muchos que con el hábito de monjes iban al infierno, y muchos laicos a la gloria.

50. Vino una vez el abad Moisés a sacar agua del pozo y vio que el monje Zacarías estaba orando y que el Espíritu de Dios descansaba sobre él.

51. Se decía el abad Juan que nunca permitía que subiese a su corazón un pensamiento ocioso, y que tampoco hablaba nunca de asuntos de este mundo, Los hermanos lo tentaron diciendo: padre, damos gracias a Dios; llueve bastante, las palmeras se riegan, y echan sus brotes, y los hermanos encuentran hojas con las que poder trabajar.

El anciano les dijo: así es, hermanos, el Espíritu de Dios. Cuando baja a los corazones de los santos, se abren y producen frutos en el temor de Dios.

52. Un monje preguntó a un anciano, diciendo: ¿qué significa aquello que dijo el Señor: «*estaba en la cárcel y vinisteis a mí*»? (Mt 25, 36). El anciano respondió: aunque esto signifique que el Señor considera como hecho a sí lo que se hace con el prójimo, sin embargo, porque cárcel es estar en la celda, si alguien recogido en la celda piensa constantemente en Dios, de él puede decirse: «*estaba en la cárcel y vinisteis a mí*».

53. Preguntó un cierto monje al abad Besarión, diciendo: ¿qué he de hacer, pues los pensamientos me conturban? Respondió el abad Besarión: tú está tranquilo y no te midas con los grandes, sino está callado en tu corazón.

54. Un monje preguntó al abad Antonio, diciendo: ¿qué significa que el hombre no se estime en nada? El respondió: asemejarse a los jumentos irracionales, dado que éstos no juzgan de nada, según está escrito: «*yo me he hecho como un jumento ante ti, y estoy siempre contigo*» (Sal 72, 23).

55. Preguntó el abad Pambo al abad Antonio, diciendo: ¿qué hago metido en la celda? El le respondió: no estés muy confiado en el mérito de la santidad, no pienses en las cosas transitorias y sé continente en la lengua y en el vientre.

56. Preguntó un cierto monje a un anciano diciendo: ¿piensas que es bueno tener gran estima ante los hombres? El respondió: estos aprecios no tienen virtud. No quieras, pues, tener estima ante tu hermano, sino huye más bien de ella.

57. Preguntó un monje a un anciano, diciendo: ¿qué es la humildad? El anciano respondió: si alguien hace bien al que le hace mal, ésta es la humildad perfecta. Entonces dijo el hermano: ¿y si alguien no puede llegar a esta medida para realizar eso? El anciano respondió: huya y recójase.

58. Un monje preguntó a un anciano, diciendo: ¿cuál es el progreso del monje? El anciano respondió: la humildad. Cuando uno mas se baja en la humildad, tanto mayor es su adelanto.

59. Preguntó un monje a un anciano diciendo: ¿cómo puede el alma recibir la humildad? El anciano respondió: si examina siempre sus propios males.

60. El abad Pemenio dijo con llanto: todas las virtudes han entrado en mi celda a excepción de una, de tal modo que cultivando esta virtud, el hombre no cae. Y le preguntaron los hermanos: padre, ¿cuál es esta virtud? El anciano respondió: que el hombre se reprenda siempre a sí mismo.

61. Un cierto monje convidó a un anciano diciendo: ven a mi celda, si lo merezco, porque voy a lavar tus pies. Pero éste no fue. Se lo dijo una segunda vez y una tercera, y no fue. Final-

mente fue a la celda del anciano, y postrándose como penitente ante él, le rogó que viniese a su celda.

Y levantándose vino con él, y le dijo al anciano: ¿cómo es que antes te lo rogué tantas veces y no viniste? Respondió el anciano: cuando lo decías solamente con palabras, no satisfacías a mi corazón para que viniese; pero cuando he visto en ti la obra monástica de la humildad, entonces he venido con alegría a ti.

62. Dijo un anciano: lo que no aprende el hombre, no lo puede cumplir, ¿cómo puede enseñar al prójimo? Por consiguiente, sé siempre humilde para aprender.

63. Dijo el anciano: la virtud del monje consiste en acusarse en todo tiempo a sí mismo.

64. Dijo un anciano: el hombre no puede ver fuera sus pensamientos, sino cuando se levanta en su interior; y el que es guerrero los arroja de sí.

65. Un anciano dijo: la obra del monje es divisar de lejos sus pensamientos.

66. Dijo un anciano: la causa que no se prevé no nos permite progresar en cosas mejores.

67. Dijo un anciano: no te regules por ti mismo, sino vete detrás del que practica el bien.

68. Dijo un anciano: cualquier cosa que el hombre no la aleja de sí, de nuevo caerá en esa misma cosa.

69. Dijo un anciano: todo trabajo que le sobreviene al hombre, es para él una victoria.

70. Dijo un anciano: abominación es ante Dios toda deliciación carnal.

71. Dijo un anciano: si te viniese un pensamiento de una necesidad carnal, y te insiste una, dos y tres veces, no lo escuches.

72. Dijo un anciano: si el hombre no dijese en su corazón que Dios y yo solo estamos en este mundo, no tiene tranquilidad.

- 73.** Un anciano dijo: la peregrinación es el callar.
- 74.** Dijo un anciano: el que aminora las noticias humanas y la gula, tiene tranquilidad.
- 75.** Y dijo un anciano: conviene que el monje tenga un corazón fuerte para cualquier cosa, y se salvará.
- 76.** Un anciano dijo: si vieres u oyeres alguna cosa, no la cuentes al hermano, porque estas cosas son alimento de la lucha.
- 77.** Dijo un anciano: la voluntad propia, el ocio y la costumbre de estas dos cosas degrada al hombre.
- 78.** Dijo un anciano: la seguridad, el silencio y la meditación oculta producen la pureza.
- 79.** Dijo un anciano: aquellas cosas que están por encima de lo que se es capaz, son cosas de los demonios.
- 80.** Un anciano dijo: ¿qué obra es esa de edificar la casa ajena y destruir la propia?
- 81.** Dijo un anciano: entre Dios y el hombre existe una muralla de bronce y una piedra, que es la propia voluntad. Y, por consiguiente, si el hombre supera su voluntad, puede decir con toda verdad: «*con Dios asalto las murallas*» (Sal 17, 30).
- 82.** Dijo un anciano: nosotros los que abandonamos el camino recto y luminoso, caminamos por otro camino espinoso y tenebroso; es decir, dejando de llorar a nosotros mismos y a nuestros pecados, miramos siempre las negligencias del prójimo.
- 83.** Dijo un anciano: no es monje aquel que denigra a otro; no es monje el que devuelve mal por mal; no es monje el que es iracundo; no es monje el que es ambicioso, soberbio, avaro o engreído, o charlatán; el verdadero monje es humilde, pacífico, lleno de caridad, teniendo siempre en su corazón el temor de Dios.
- 84.** Un anciano dijo: no desprecies al hermano que tienes delante de ti, pues desconoces si el Espíritu de Dios está en ti o en él.

85. Dijo un anciano: la humildad (la castidad) y el temor de Dios son superiores a todas las virtudes.

86. Dijo un anciano: para el monje es igualmente contienda querer reñir contra aquel que le ofendió, o contra el diablo.

87. Dijo un anciano: desde la acción más pequeña hasta la más grande que hace el hombre, todo se pone en su cuenta, bien se trate de pensamientos, bien de obras.

88. Dijo un anciano: la humildad no es suntuosa, antes bien en toda suntuosidad sirve de condimento.

89. Dijo un anciano: humillarse uno mismo y tenerse en desprecio ante sí es una muralla para el monje.

90. Dijo un anciano: el que quiere edificar la casa, procura muchas cosas necesarias, para poderlo llevar a cabo. Igualmente conviene que el monje tenga mucho cuidado a fin de poder realizar las obras de Dios.

91. Dijo un anciano: no hay Virtud más fuerte que no despreciara nadie.

92. Dijo un anciano: bienaventurado el que soporta el trabajo con acción de gracias.

93. Dijo un anciano: hacerse fuerza a sí mismo en todas las cosas, éste es el camino de Dios y la obra del monje.

94. Dijo un anciano: el que se violenta a sí mismo a causa de Dios, es semejante a un hombre confesor.

95. Dijo un anciano: el hombre que tiene en todo momento la muerte ante sus ojos vence la pusilanimidad.

96. Dijo un anciano: sé libre en el hablar, no esclavo.

97. Dijo un anciano: es imposible que sin la custodia de la lengua progrese el hombre ni siquiera en una virtud. La primera virtud es la custodia de la lengua.

98. Dijo un anciano: yo temo tres cosas, esto es, cuando el alma tenga que salir del cuerpo, cuando llegue a estar en la presencia de Dios y cuando se dé la sentencia contra mí.

99. Dijo un anciano: en cualquier lugar que te sientes, no mires a aquellos que están acomodados, sino al pobre que no tiene pan o descanso.

100. Dijo un anciano: si tienes una pasión, y no preocupándote de ella, pides al Señor por otra cosa, no serás oído. Por eso pide primeramente por tu tribulación, y cuando llames y entres, entonces ruega al Señor por otra cosa.

101. Dijo un anciano: hay tres cosas capitales: el temor de Dios, la oración asidua y hacer bien a tu prójimo.

102. Dijo un anciano: así como no se vive sin la respiración, que sale por las narices, así el hombre debe tener siempre en sí el temor de Dios y la humildad.

103. Dijo un anciano: ¿qué importa empezar un arte, si luego no aprende a realizarlo? Por consiguiente, lo que se empieza, y luego no se lleva a cabo, no vale para nada.

104. Dijo el anciano: si un hombre no satisface a tu corazón, no le confíes el conocimiento del mismo.

105. Dijo un anciano: decídete a no hacer nunca mal a ningún hombre, sino tener puro el corazón para con cualquier hombre.

106. Preguntó un monje a un anciano diciendo: si veo alguna negligencia entre los hermanos, ¿mandas que los reprenda? Respondió el anciano: si son ancianos, o coetáneos tuyos, avísale humildemente sin increpación, para que aun en esto mismo te encuentres humilde.

107. Un monje preguntó a un anciano diciendo: otros hermanos cohabitan conmigo, y ellos mismos quieren que yo les mande: ¿qué me mandas que haga? Respondió el anciano: haz tú lo mismo que enseñas, de modo que no solamente les presentes los preceptos, sino también el modelo.

108. Decían a favor del abad Macario el mayor que así como Dios protege a todo el mundo y soporta los pecados de los

hombres, de igual modo este, abad fue como un cierto Dios terreno entre los hermanos, ocultando sus delitos, y aquellas cosas que veía y oía era como si no los viese y como si no los oyese.

109. El abad Moisés preguntó al abad Silvano, diciendo: ¿puede el hombre principiar cada día? Respondió el abad Silvano: si es obrero, puede empezar cada día. Conviene, sin embargo, coger en cada uno de ellos un poco de todas las virtudes. Levantándose de mañana en cada uno de los días, toma un principio para toda virtud y todo lo mandado por Dios, con gran paciencia, longanimitad, con temor y amor de Dios, con humildad de alma y de cuerpo.

Y también en gran paciencia, y en la tribulación y en recogimiento en la celda, en la oración y en la súplica, con gemido, con pureza de corazón y de los ojos, guarda de la lengua y de las palabras, en la renuncia de las cosas materiales y de los deseos de la carne, en la lucha de la cruz, esto es, en el tormento y pobreza del espíritu, en la continencia espiritual, en el ardor de la lucha, en la penitencia y en el llanto, en la sencillez de alma y en el silencio, en el ayuno y en las vigilias nocturnas, y en el trabajo manual.

Es lo que enseña el Apóstol Pablo cuando dice: «*trabajando con nuestras manos, en hambre y en sed, con frío y con desnudez, en trabajos y en tribulaciones, en necesidades y en angustias y en persecuciones, en cuevas y en grutas y en cavernas de la tierra*» (1Cor 4, 11-12; 11 Cor 11, 27; Heb 11, 38).

«*Poned por obra la palabra de Dios y no la oigáis solamente*» (Sant 1, 22), trabajando con el talento hasta aumentarlo el doble, teniendo vestido de bodas, fundado sobre roca sólida y no sobre arena. Que la limosna y la fe no te abandonen. Piensa todo el día en que la muerte está próxima, y como encerrado ya en el sepulcro, no te preocunes más de las cosas de este mundo.

Que el ayuno, la humildad y el llanto no se aparten de ti, y que el temor del Señor permanezca siempre contigo en todo momento. Está escrito: «*a causa de tu temor, Señor, concebimos en el útero, tuvimos dolor y engendramos el espíritu de salvación*».

Estas, por consiguiente, y si todavía existe otra virtud, fíjate en éstas y no te midas con los grandes, sino cree que eres inferior a toda criatura, esto es, peor que cualquier hombre y que cualquier pecador. Ten discreción, examínate a ti mismo, no juzgues al prójimo y no te fijes en los delitos ajenos, sino que debes llorar tus pecados, sin andar solícito por las acciones de ningún hombre. Sé manso de espíritu y no irascible.

No pienses en tu corazón nada de malo contra nadie, y no tengas tampoco enemistad en tu corazón, ni odio contra el que está enemistado contigo sin causa; no te enfades tampoco contra su enemistad, ni lo desprecies en su necesidad y en su tribulación, ni devuelvas mal por mal; sé pacífico con todos, pues ésta es la paz de Dios.

No te confíes al que hace el mal, ni te alegres con aquel que hace mal al prójimo. No denigres a otro, porque Dios conoce todas las cosas y ve a cada uno. No creas al que denigra, ni te goces con su malicia. No odies a alguien a causa de su pecado, porque está escrito: «*no queráis juzgar y no seréis juzgados*» (Mt 7, 1).

No desprecies al que peca, sino ora por él, a fin de que el Señor le dé la conversión a la penitencia y se compadezca de él: Dios es omnípotente. Y si oyeres de alguien que hace cosas inicuas, responde diciendo: ¿es que acaso soy yo juez de éstos? Soy un hombre pecador, muerto bajo mis pecados, y llorando mis propios males: un muerto no puede ocuparse de la causa de otro.

Por consiguiente, el que piensa todas estas cosas y procura hacerlas, es obrador de toda justicia por la gracia y virtud de nuestro Señor Jesucristo.

110. Estas son las siete sentencias que dijo el abad Moisés alabado Pemenio, sentencias que si alguien las guardase viviendo bien en el convento, o en la soledad, o en el mismo mundo, podrá salvarse:

1. En primer lugar, y como está escrito, el hombre debe amar a Dios con toda su alma y con toda su inteligencia.
2. El hombre debe amar al prójimo como a si mismo.
3. El hombre debe abstenerse de todo mal.

4. El hombre no debe juzgar a su hermano en ninguna causa.

5. El hombre no debe hacer mal a nadie en ningún asunto.

6. El hombre debe, antes de que salga de su cuerpo, purificarse a si mismo de toda mancha de la carne y del espíritu.

7. El hombre debe tener siempre su corazón contrito y humillado, cosa que puede hacer aquel que piensa en sus pecados y no en los del prójimo.



